

ALGO ACERCA DE LA ANTIGUA LITERATURA FRANCESA DE RONSARD A MALHERBE

(Continuación)

Por JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO

Profesor de la Universidad Católica del Perú.

V

Malherbe no es simpático por cierto, como lo es Ronsard, sino muy al revés, desagradable y repelente. Estrecho, avaro, árido y despótico, a la vez fanfarrón y servil, nulo en imaginación y sentimiento, se nos ofrece como el más acabado contraste de la ingenuidad noble, la altivez pulcra y patricia, y la abundancia caudalosa de Ronsard. Desempeñó una tarea depuradora de la lengua, útil en ese instante; pero en forma excesiva y a la larga contraproducente, y con toda la adustez y maliquidad de su índole. Hay en él un espíritu litigioso y astuto, de logrero arrimadizo y disimulado, que reproduce el aspecto peor del carácter de su provincia normanda, y se combina singularmente con la intolerancia y la insolencia pedantes del *magister* recluido en lo gramatical y retórico. Tiene en la vida muchas de las lacras del advenedizo, como sin duda lo era para la sociedad cortesana del tiempo, no obstante las genealogías y alegaciones que en apoyo de su tan discutible alcurnia ha presentado hace pocos decenios el erudito profesor Bourrienne (45). Francisco de Malherbe, el gentilhomme del

(45) Abbé Bourrienne, *Malherbe, points obscurs de sa vie normande*, 1895.

Rey, el poeta de las campañas contra los hugonotes, padeció siempre el complejo de su procedencia plebeya y protestante.

La Francia de entonces, juvenil, jerarquizada y guerrera, concedía precisamente por todo ello a las cuestiones de raza y prosapia importancia enorme. Se debatían y ponderaban con empeño extraordinario, porque suponían exenciones y privilegios; y los estímulos del interés y la vanagloria se acrecentaban con la debilidad del incipiente criterio histórico, según lo indica en sus *Ensayos* Montaigne, al quejarse del afán por aparentar linajes forasteros o peregrinos. Por eso no es del todo segura la oriundez danubiana y rumana de los Marutchini de Crayova, que Ronsard atribuía tradicionalmente a la etimología de su apellido, vertido del dacio al francés; pero nadie podrá discutir que sus abuelos fueron señores feudales en Gâtine, ni la elevada situación militar y palaciega que disfrutaba su padre, servidor de Luis XII en las guerras italianas y Primer Mayordomo de Francisco I y los Príncipes, ni las ilustres alianzas de los linajes paterno y materno en el jefe de la Pléyade, al paso que el primer antepasado auténtico de Malherbe era el bisabuelo Guillermo, acomodado curtidor de Caén. El hijo de éste se dedicó a la abogacía; y el nieto adquirió el mediano puesto de consejero presidial en la propia villa de Caén, aunque el poeta, al casarse, pretendió falsamente que dicho su padre poseía el cargo muy superior de consejero en el Parlamento Provincial de Ruán. La suplantación consta, no sólo por el testimonio de la Señorita de Gournay, la hija de espíritu de Montaigne, sino porque se han hallado las capitulaciones matrimoniales de nuestro Malherbe, en que atribuye con desenvoltura aquella calidad a su padre, llamado como él Francisco de Malherbe, y al margen, por investigación y resolución judiciales posteriores, aparece rectificada la jactanciosa falsedad. Tan evidente inexactitud induce a creer asimismo fingida y amañada la descendencia que siempre se adjudicó de los auténticos Malherbe, compañeros de Guillermo el Conquistador en la invasión de Inglaterra, y Barones de La Haye en el Cotentín, y el parentesco que se hizo reconocer por el jefe de una de las ramas nobles, el Señor de Bouillon-Malherbe, al cual escribía a menudo, tratándolo de primo. En una de esas cartas se descubre que no quería acudir al árbol genealógico levantado por encargo de Francisco su padre, para no embrollar más el asunto y no dar indicios de la añagaza. Porque es inconcuso que la comunidad de nori-

bre gentilicio no demuestra en manera alguna la de sangre. Parece muy probable que haya sido mera homonimia de tocayos, o como decían nuestros abuelos españoles, de *colombroños*. El reconocimiento de la identidad de armas heráldicas, debió de obtenerse por influjo y petulancia de los vástagos del curtidor. Robustece la conjetura el hecho de haber otras ramas negado la consanguinidad, impugnándola en juicio público. Verdad es que, muerto ya el famoso poeta, el intendente de Caén reconoció a sus herederos la posesión o *tenuta* del pleiteado estado noble; pero años después, en nuevo y definitivo litigio, se anuló el fallo, por haber mediado cohecho, y se declaró que los Malherbe de la estirpe del presumido literato, no tenían derecho sino a nobleza personal e inferior, y sólo por haber obtenido empleos en los tribunales (46). No es imposible, con todo, que en las vicisitudes de la historia, y con el empobrecimiento y derogación de tantas líneas secundarias de hidalgos campesinos franceses, sobre todo en los siglos XIV al XVI resultaran estos Malherbe de Digny descendientes de los que pasaron con el Duque Guillermo a Inglaterra, cuyos escudos campean en las abadías de San Miguel del Mar y San Esteban de Caén. Mas de todos modos consta que cayeron en condición humilde y ejercieron oficios mecánicos, necesitando para elevarse de ellos ingresar en la carrera de la judicatura, que desdeñaba mucho el poeta cuando joven.

La misma deliberada obscuridad encubre los orígenes religiosos. El buen Marqués de Racan, que escribió la vida de su maestro con igual boba indulgencia panegírica que Montalbán la de Lope de Vega, pretende que Malherbe riñó con su padre porque éste se hizo protestante. Lo cierto es que, muy al contrario, desde mucho antes lo había sido; y que por móviles tan profanos e interesados como el propio hijo, se transformó luego en católico de simulación y aparato. En 1562, en plena expansión del protestantismo francés, durante la primera guerra civil y cuando el futuro poeta no contaba sino siete años, el Consejero Señor de Digny era tan furioso hugonote que asistió y contribuyó personalmente a la devastación sacrilega de la abadía de Troarn, acaudillando a los que rompieron imágenes, y saquearon ornamentos y reliquias. Está probado que ocho de sus hijos se bautizaron en el templo calvi-

(46) De Broglie, *Malherbe*, París, 1897.

nista de Caén, pues las partidas respectivas se conservan; y si no ocurre así con la del mayor, el que es materia del presente estudio, se debe a que tal vez en 1555 aun no estaba organizado allí el registro parroquial protestante, o a que él hizo desaparecer más tarde el comprometedor documento. Sea como fuere, a los dieciocho años, hacia 1573, tras las mortandades de la San Bartolomé sin duda, salió de Francia, acompañado de un ayo hugonote, Ricardo Denoth, para estudiar en las universidades alemanas de Basilea y Heidelberg, focos y baluartes de la pseudo Reforma. Al regreso, en 1576, fué cuando hubo de abjurar, con la frialdad y escéptico latitudinarismo que toda la vida guardó en lo referente a religión. Los padres, a quienes nunca estimó ni quiso, procedieron al tenor de él, y muy probablemente se le anticiparon en la abjuración, pues la Liga todopoderosa y los edictos reales de Poitiers (1577) para el Centro y el Norte, y de Nemours (1585) para Francia entera, constreñían a los magistrados a declararse católicos, so pena de perder sus cargos. Los Señores de Digny, marido y mujer, se ostentaban en 1589 muy ortodoxos, y asignaban rentas a la iglesia de San Esteban en Caén, con el expreso y mundano designio de reivindicar en ella los derechos nobiliarios de asientos de honor, sepulturas y escudos de armas que confirmaran sus tan problemáticas y porfiadas linajerías.

El primogénito, más presuntuoso todavía, desagradado con el ambiente familiar, que a su inconmensurable vanidad se le antojaba muy humilde, menospreciando la expectativa de heredar el puesto del padre, que juzgaba hartó inferior a los humos del supuesto solar histórico, y anhelando llevar la vida de caballero palatino, tomó servicio en la casa de un bastardo del difunto Rey Enrique II, el Duque Enrique de Angulema, Gran Prior de la Orden de Malta en Francia, y Gobernador y Almirante de Provenza, quien lo condujo a su gobierno meridional en calidad de secretario. El afán de pertenecer al séquito del Duque, de granjearse mediante él crédito y ascensos, lo confortó en su externa profesión de catolicismo. Siempre fué en el fondo un indiferente y un descreído. No practicaba los obligatorios ritos religiosos sino por razón de Estado. Entre sus máximas favoritas estaba la de *Cujus est regio, ejus est religio*, a la sazón muy difundida entre los tibios, los hipócritas, y los *pclíticos* o impíos, y aquella que Prudencio imputa al Emperador Galieno: *Cole daemonium quod colit civitas*. Hasta el cando-

roso Marqués de Racan, tan benévolo siempre para con su padrino literario Malherbe, se ve forzado a confesar que éste repetía: "La religión de los hombres honrados y decentes consiste en seguir la del soberano" (47). En el libro de horas borraba las letanías de los santos, por juzgar inútiles aquellas preces medianeras. El Duque de Broglie opina que los resabios de educación heterodoxa no influyeron en la obra de Malherbe. Yo sí lo creo: es natural que le quitaran verdor y sensibilidad. Nadie puede negar que ha habido poetas protestantes y puritanos inspirados y magníficos, como por ejemplo Milton, y aún a ratos D'Aubigné, y el propio desigual y estrambótico Du Bartas. Pero a condición inexcusable de ser herejes fogosos y sinceros, porque la sinceridad es virtud esencial tanto en ética como en estética. La impiedad disfrazada y vergonzante de este hugonote apóstata, tenía que hacer más infecundo el dejo de glacial protestantismo en que fué formado. La imaginación se le quedó perpetuamente desnuda y vacía, helada como un templo calvinista.

Contaba Malherbe que, a las órdenes del bastardo Duque de Angulema, combatió contra los soldados hugonotes de Sully, en esa época simple Marqués de Rosny, al que hizo retroceder varias leguas, y en otra ocasión contra los españoles aliados de la Liga y desembarcados junto a Marsella, cuando el sitio de Martigues. No se ha podido descubrir la más leve comprobación de tales asertos, y los modernos biógrafos no vacilan en calificarlos de todo punto inverosímiles. Con ellos pretendía el baladrón subrayar el mérito de haberse mantenido de continuo leal adicto a la causa del Rey, en el justo medio, alejado de los dos partidos extremos y facciosos; y también colorear con motivo honroso, el desvío del económico Sully, que cuando fué primer ministro, hacía bien poco caso de él, y se resistía a sus frecuentes demandas de donativos y de pensión, que lo hicieron apodar en la Corte *el mendigo de los sonetos* (48). Su oficio al lado del Duque de Angulema, no fué bélico, sino sedentario y de pluma, de secretario de cartas y colaborador literario. Porque, a fuer de Valois, el Gran Prior y Almirante era muy aficionado a la poesía. Su servidor Malherbe le tasaba y enmendaba los versos, con la severidad crítica que le era congénita y que resarcía

(47) *Vida de Malherbe* por Racan, pág. 45.

(48) Así lo titulaba sin embozo su introductor y paisano Vauquelin des Iveteaux, el que lo llevó a la Corte de Enrique IV.

en algo sus acatamientos de rendido cortesano. Precisamente, las primeras rimas que de Malherbe se conocen, son las de una trivial cuarteta en honor del afamado jurista y polígrafo Esteban Pasquier; y van en compañía de otra cuarteta de Enrique de Angulema. Enseguida, anunciando sus desigualdades y vaivenes, hay de él un soneto magnífico sobre los trabajos de Hércules, muy entonado y muy ronsardiano de forma. Todo esto data de 1585, del año en que moría Ronsard.

Para lo que aprovechó desde luego Malherbe el favor de su ducal patrón, fué para conseguir una boda de mera conveniencia. En 1581 se casa, sin pizca de amor, con una mujer mayor que él en varios años, ya viuda de dos enlaces, y con hijos de ellos, Magdalena de Coriolis; pero es hija de un personaje, Presidente en el Parlamento de Aix, y a pesar del poco aprecio que Malherbe ha manifestado por la nobleza de toga, se deslumbra con la posición del suegro, y con la dote de 3.800 escudos que la doble viuda le trae, en juros sobre las ciudades de Brignoles y Tarascon. El es de por sí tan propenso a las *tarasconadas* que, en el contrato matrimonial, para realzar la condición del nada amado padre, y no sufrir desaire ante el de la novia, comete la superchería de grado judicial que atrás he recordado. Sin cesar envuelto en litigios con sus padres y su hermano Eleazar (nombre bíblico judío, muy propio de un genuino hugonote), se ausentó de Provenza a Normandía en 1586: es probable que para vigilar los intrincados pleitos que ventilaba. Entretanto, el Duque de Angulema, en los disturbios de la guerra civil, pereció asesinado por el jefe de la Liga en Marsella, Felipe Altoviti, Barón de Castellane, que en defensa propia lo atravesó de una estocada. Muerto el protector, Malherbe no se atrevió a regresar a Provenza, donde estaba muy malquisto por altanero y mordaz.

Se soterró nueve años en la ciudad natal de Caén, vieja capital de Normandía, sumido en pobreza y con muchas deudas, porque las lejanas rentas de Tarascon y Brignoles no le llegaban con regularidad; y a más de mujer y entenados, tenía allí que alimentar dos hijas, las cuales se le murieron al poco tiempo. Excluido por rencillas de la casa paterna, quejándose de no haber recibido de los padres más auxilio que *de cuando en cuando un tonel de si-*

dra (49), vivía como huésped de una prima; y en tal escasez, se vio obligado a obtener y desempeñar el oficio lugareño de regidor en la décaída Caén (aunque se conservaran universidad y tribunales inferiores), él que había mirado con displicencia el cargo hereditario de consejero presidial. A este triste periodo debe de corresponder la inspiración, infame a la verdad, del epigrama parricida que, como padrón de ignominia, figura entre los escritos de Malherbe: a propósito de la tumba de un pariente suyo, el Señor de Is, no se recata de desear la pronta muerte de sus propios padres, hermanos y tíos. Pocas veces un autor célebre ha osado exhibir más odioso testimonio de ferocidad y desnaturalización.

Para salir de la obscuridad menesterosa, el otro recurso que se le ofrecía, estribaba en proseguir la carrera de las letras, apenas iniciada, y hacerse conocer como poeta en la Corte. A él acudió, imitando, en *Las lágrimas de San Pedro*, a uno de los culteranos de segunda clase en Italia, a Luis Tansillo de Nola. Coincidió en esta imitación o paráfrasis con D. Diego Dávalos, el que por esos años la intentaba igualmente, entre las breñas altoperuanas de La Paz de Chuquiabo. El poemita primerizo de Malherbe carece de plan y concierto, pero está verificado con brillo y armonía, énfasis y color. Contiene algunos versos muy felices, como lo han reconocido cuantos críticos lo han examinado, comenzando por Andrés Chénier (50). Así el renombrado clásico Malherbe, el implacable purificador del gusto lírico, se inició en calidad de conceptista y marinista notorio, pródigo en metáforas vistosas, en rasgos pintorescos y en forzadas antítesis, en rimbombancias dignas de cualquier aplaudido gongorino. Describe la aurora que nace en el Océano:

Et d'un voile tissu de vapeur et d'orage
 Courant ses cheveux d'or, decouvre en son visage...

...Les campagnes se teignent
 Du safran que le jour apporte de la mer.

(49) Así lo dice textualmente en la tacaña *Instrucción* a su hijo (Ms. de la Biblioteca de Aix, publicado en 1846 por M. de Chennevières).

(50) En el *Comentario* que acompaña las *Poesías de Malherbe*, publicadas por Becq de Fouquières (1874, edición Charpentier).

Pero otras veces incurre en máximos absurdos bombásticos, como cuando estampa:

Ses soupirs se font vents qui les chênes combattent . . .
Elle verse de l'autre une cruche de pleurs.

Es una de las innumerables contradicciones del patriarca rigorista. Después renegó de aquel boato de la obra juvenil, y procuró la sobriedad más desadornada y castigada, no consiguiéndola siempre. Otra de las circunstancias que llaman la atención en *Las lágrimas de San Pedro*, es la entusiasta dedicatoria al Rey Enrique III. Cuando se publicó, en 1587, corrían los últimos y pésimos días del infausto reinado, y estaban patentes las debilidades e incapacidades del Rey. Así y todo, en estrofas laudatorias de la más mentirosa adulación, el año crítico de las mayores afrentas para la potestad regia, que flotaba náufraga entre católicos y protestantes, a la par sublevados; cuando la constitución definitiva de la Unión de los Dieciseis de la Liga en París, cuando la derrota de las tropas reales en Coutras, se atreve Malherbe, con desfachatez increíble, a decir al atribulado y conculcado monarca:

Henri, de qui les yeux et l'image sacrée
Font un visage d'or à cette âge ferrée . . .
A l'ombre des lauriers, qui t'embrassent la tête . . .
Par qui tant d'ennemis à tes pieds abattus
Ont connu ta fortune, et que l'art de la guerre
A moins d'enseignements que tu n'as de vertus.

Con esto superó en descaro las falsías del Bajo Imperio, y aun las de propagandas nacionales que nos son contemporáneas. No obstante hallarse muy falto de monedas, el dadivoso Rey no omitió pagar al lisonjero con un don de quinientos escudos, que significaban demasiado para el exhausto erario y mucho para el empobrecido rimador. Pero Malherbe demostró en todos tiempos memoria frágil y breve gratitud. Cuando sucumbió el último de los Valois, y el olvidado poeta normando se vió de vate áulico del sucesor, que debía a aquél en buena parte la corona, creyó útil, para halagar al amo nuevo (y no había necesidad alguna), intercalar, en las estancias sobre la Jornada al Lemosín y al Quercy contra el Duque de

Bouillon, un paralelo casi explícito entre los dos soberanos, que es una diatriba sangrienta de Enrique III, comparable a las más duras de D'Aubigné. Era el proceder que acostumbraba con los caídos. Hasta cuando fué asesinado su benefactor e ídolo Enrique IV, al cual sirvió en toda suerte de menesteres, anuncia con desgano a un amigo íntimo: "*Recitaré, como los demás, mi retahíla*"; y en efecto, compuso el epicedio frío, mediocre, vulgarísimo, indigno de acontecimiento tan trágico, y poniéndolo todavía en boca de Alcipo, nombre poético del Duque de Bellegarde; pero ni siquiera se apresuró a publicarlo, como era su deber, en la corona fúnebre, sino que permaneció inédito, aguardando la edición póstuma de 1630. ¿Tardanza de premioso o refinada cautela de normando disfrazado de provenzal? Inclina a lo segundo la carta reticente que, en la misma oportunidad, narrando el crimen, dirigió a su amigo Peiresc, el escritor, Consejero del Parlamento de Aix (con fecha 19 de Mayo de 1610, cinco días después del asesinato). Tras de sentidas frases de rúbrica, le expresa que "no conviene hablar de las declaraciones de Ravaillac". En otra carta, años adelante, a la Princesa de Conti, hija del Duque de Guisa *el Balafre*, califica la regencia de María de Médicis como "el día de la resurrección del Estado", lo que no se compadece bien con la tan cacareada adoración a Enrique IV. Tal vez en estas incertidumbres se repitió, como en la incompleta versión del salmo 45:

Comme ils n'ont plus de sceptre, ils n'ont plus de flatteurs.

Pero no le faltaron tiempo ni inspiración para celebrar a saciedad a la Reina Regente y sus ministros, los cuales cambiaron por entero el curso y sentido de la política del Rey difunto. Poco se le daría de todo esto, porque ahora alcanzó para sí, el mismo año de 1610, que le señalaran la pensión fija de quinientos escudos anuales, a más de alojamiento con criado y caballo en casa del Duque de Bellegarde, de que ya disfrutaba desde el parsimonioso Enrique IV. Le concedieron por último el título de Gentilhombre ordinario de Cámara. El omnipotente valido de la Reina, el jefe del ministerio que contribuyó al aumento de gajes, Concini, Mariscal de Ancre, sucumbe en 1617 a la puerta del Louvre, victimado de sorpresa a pistolazos por orden del joven Luis XIII; y Malherbe, que en versos a la Regente lo ha adulado, llamándolo, en calidad de su-

premo inspirador, *Gran Pan* (elogio que empleó luego para con el Cardenal de Richelieu), elabora una pueril máquina mitológica *Profecía del dios del Sena*, para darse el placer de volcar todo el arsenal de injurias sobre el asesinado, apellidándolo *monstruo, excremento de la tierra* y otras delicadezas de este jaez, mientras la plebe exhuma y profana el cadáver, y se aprestan a degollar y quemar por bruja a la viuda desamparada, Leonor Galilai. Más de doce años después de las horrendas escenas, aun se entretiene en labrar y acepillar los soeces óictorios de la *Profecía* fragmentaria, como si fuera una alhaja, de que no quiere privar a la historia. El improvisado Condestable y Duque de Luynes ocupa la privanza. Malherbe le dedica, con una carta de genuflexiones, la traducción en prosa del libro XXXIII de Tito Livio, que habían descubierto los humanistas en Alemania el siglo anterior, mediante el perdido manuscrito de Maguncia. El favorito muere después de fracasar en la campaña contra los protestantes de Montauban; y Malherbe, en infernal epigrama, se lamenta de que no se cuelgue en la picota el cuerpo del Condestable fallecido. No se volverá a acordar (hasta que se reconcilie con su hijo el Rey y recupere así parte de su potencia) de la gorda Reina Madre, abandonada y cautiva en el castillo de Blois, donde sólo ha ido a acompañarla y consolarla el insinuante prelado Richelieu (alma, con todas sus dobleces y pasiones, de muy superior temple a la del poeta parásito) y de donde la libertará el ex-valido de Enrique III, Duque de Epernon. El que había cantado, siquiera sea pedestremente (a pesar de lo que le perdona Chénier), el palacio y jardines de Fontainebleau, no rimó nada sobre el Luxemburgo, mansión de retiro de su bienhechora. ¡Cuánto la había celebrado e incensado Malherbe, desde que llegó, regia prometida, a Aix en Provenza, el año de 1600, zalamero y arrastrado como un bizantino, o como un panegirista criollo virreinal o pseudo republicano! Hasta en cartas bien posteriores, del tiempo de la Regencia, escribiendo a la Guisa, Princesa de Conti y confidente de la Reina, exclama: "La Regente es tan hermosa que domina tanto por sus virtudes como por su belleza". ¡Con qué llores no la había importunado:

La voici, la belle Marie...
 Belle merveille d'Etrurie,
 Qui fait confesser au soleil,

Quoi que l'âge passé raconte,
 Que du ciel, depuis qu'il y monte
 Ne vint jamais rien de pareil!

Siguen las ponderaciones, comparándola con Venus y la Aurora, y convocando en su honor a la mitología helénica íntegra, desde Apolo y Encélado, Ganimedes y Faetonte, hasta el Rey de Micenas Euristeo. Lo que en Ronsard y en nuestro Fernando de Herrera(por ejemplo en la *Canción a D. Juan de Austria*), aparece como la orgía triunfal del Renacimiento, como la sacra y báquica embriaguez tumultuosa de la Antigüedad resucitada, en este apocado y renegado discípulo no supera la escala de una nomenclatura faragosa y pedante, de un cansado catálogo de ropavejería. Andrés Chénier, que al criticar a Malherbe, puso empeño en lucir la excesiva indulgencia de los grandes, y la simpatía de semipaisano para con el normando que se domicilió en Provenza, no pudo eximirse con todo de censurar la esterilidad del numen en dicha oda, y el despropósito de no haber recordado en ella las verdaderas glorias de los Médicis, consistentes en la protección a letras y artes. El rastrero Malherbe no atinó más que a referirse al *antiguo cetro* de esta familia florentina, lo que era evidente desbarro, proviniendo la Reina de dinastía tan inferior a la francesa y tan reciente, de burgueses banqueros y usureros, afeados además con notorios crímenes y bastardías. En París la apodaban la *grosse marchande*. Al casarse no pasaba de los veintisiete años, lo que no se consideraba muy fresca edad núbil entonces; y ya mostraba marcadísimas la corpulencia y facciones mediceas, la adiposidad y los ojos saltones de sus colaterales, el Papa León X y la Reina Catalina. El poeta adulador, pretendiente afanoso a las migajas de la Corte, finge entrar en éxtasis ante belleza tan sobrehumana; y como si intentara trazar anticipada caricatura de la galería de Rubens, aconseja a Enrique IV que no coseche palmas de victoria en las guerras, sino en el amplio seno de su esposa, y que en ese regazo opulento no se prive de cuanto apetezca. Varios años antes de las bodas reales, en la oda inconclusa de 1596, ya había dirigido análogas incitaciones al monarca, bien superfluas tratándose del *Vert-Galant*.

Mas no se limitó a estos epitalamios confesables, que hoy nos resultan bufos en extremo, sino que humilló la lira al capricho de los seniles amores adúlteros del Rey, mereciendo el estigma que el

mismo benévolo Andrés Chénier le inflinge. Enrique IV contaba cincuenta y ocho años en 1609, cuando en uno de los bailes palaciegos con coros de ninfas, para los que escribía Malherbe los versos recitativos, se enamoró de la adolescente Carlota de Montmorency, que tendría apenas quince años. La casó aprisa con su sobrino, el Príncipe de Condé (padres del gran General); y la persiguió con tales requiebros y asechanzas, que el marido, justamente celoso, la encerró en Moret, y aunque hubo de regresarla un tiempo a Fontainebleau, se la llevó luego a Saint-Valéry y al cabo a Bruselas, refugiándose al amparo de los Archiducos españoles. El Rey, desde los comienzos del galanteo, mandó llamar a Malherbe con un criado al baile, y le encargó versos para la niña que amaba en la vejez, la que podemos llamar su rubia Sulamita. Malherbe cumplió, exaltando en cinco cantatas o piezas de estancias líricas, las peripecias de esta postrera pasión. El monarca bearnés figura en ellas con el nombre de *Alcandro*, y Carlota de Montmorency-Condé con el de *Orante*. El escándalo cortesano se relata por extenso en el libro que Luisa de Lorena (mujer del Príncipe Luis de Conti, el sordo-mudo), escribió incluyendo la novelita *Alcandro*, y se imprimió con el título *Historia de los amores de Enrique IV* (Colonia, 1664). El propio desvergonzado Malherbe nos explica su intervención y el lucro que esperaba, enviando copias de las poesías a Peiresc, para que se las enseñara a su amigo Du Vair, el Presidente del Parlamento de Aix y luego Gran Canciller de Francia: "Han agradado mucho (al Rey, sin duda, le dice al grave y erudito Consejero Peiresc, en carta del 5 de Febrero de 1610); y por ellas se me han redoblado las promesas (del aumento de pensión, que más tarde fué otorgado cuando la Regencia)". Añade, algo desconfiado del ahorrativo y anciano amante regio: "Dios sabe cuándo se realizarán esas promesas". Mucho después, tras el asesinato de Enrique IV, Malherbe, inconsciente de la indignidad moral con que se manchaba, retocó y dió a la publicidad estos manidos lirismos de compromiso, que en copias manuscritas habían circulado por toda la Corte, harto más desdorosos que los versos de Voltaire a la Pompadour. De aquéllos ha escrito Chénier que "son los más aceptables versos eróticos que Malherbe compuso (elogio muy relativo), pero que nadie se enardece con lo que no siente, y Malherbe nunca supo amar". Su sensualidad, que le mereció el mote de *Tío Lujuria*, no llegaba a matizarse de arte. La pobre romances-

ca Señorita de Scudéry, decía de él que no era nada delicado en amores (*Clelia*). Así lo confirman las gélidas poesías que compuso más tarde para la Marquesa de Rambouillet y otras damas. Por cuenta ajena, desempeñaba toda especie de temas de encargo; y a más de las galanterías del viejo Rey, le cantaba los ataques de gota, según es de ver en el soneto XIII, baladí como el argumento. Lo escardó, aliñó y presentó de nuevo en 1615, con avaricia de menesteroso y como si fuera una pieza estupenda. No merecía tanta lima, pues el pensamiento adulatorio que lo inspira no sobrepuja la sandez: como el Rey se ha puesto gotoso con la tranquilidad pública, desea el poeta que estallen las guerras, para que la agitación de las campañas lo cure. Era el mayor sacrificio que cabía imaginar entre los obsecuentes votos del vate oficial. Si se leen con atención sus obras, veremos que el tan blasonado civismo, el patriotismo de que sin cesar se jacta, le nacen, no tanto del anhelo de la gloria francesa, por mucho que pida la demolición de Turín y del Escorial, sino de un anticipado *pacifismo* muy burgués, del ansia de sosiego y comodidades, explicable después de la prolongada anarquía. En este culto al poder monárquico, por codicia y gratitud de la paz, fué verdadero intérprete de todo su siglo. Extremaba, eso sí, el acatamiento y la sumisión: "Los buenos vasallos (exclama en una carta al Rey) son para con los príncipes como los amantes para con las amadas. Quieren lo que ellas: participan de sus dolores y goces, y ajustan todos los movimientos del ánimo a los de su pasión". Tampoco se concretaba a adorar a los reyes y unimismárseles: disponía de un buen sobrante de servilismo en obsequio de los demás magnates. Así lo vemos celebrar por procuración los amores del Duque de Montpensier con Catalina de Borbón (1599); y aun los de próceres medio mentecatos, como lo fué el Conde de Soissons. Al Duque de Bellegarde, Caballerizo Mayor de Su Majestad y Gobernador de Borgoña, le ruega:

Bellegarde, unique support
Où mes vœux ont trouvé leur port. . .
Donne m'en d'un clin de tes yeux
Un témoignage précieux.

Cierto que Bellegarde, uno de los mayores privados de los reyes, era quien lo albergaba y pagaba. En retribución, le promete la in-

mortalidad, espera que el Tajo y el Eufrates, tan lejanos del Caballero, le rindan homenaje, amontonando reminiscencias de Virgilio el desdeñado (ver más adelante, y *Geórgicas*, Libro I, verso 509); y hace desfilar ante él a Aquiles, las Parcas y el propio traído y llevado Himeneo de la Reina, porque fué Bellegarde uno de los que la acompañaron de Toscana a Francia. Este Duque de Bellegarde más tarde se rebeló contra Luis XIII y Richelieu.

Pocos poetas se han tapiado dentro de tan estrecho cerco de metáforas e ideas: siempre revolviendo las flores de lis con Hércules, Faetonte y la ciudad de Menfis, y ciertas expresiones entonces a la moda, que juzga maravillosas y prodiga hasta el cansancio, como *les appas nonpareils*. Otro de los recursos que cree infalibles se cifra en pedir que las estatuas de sus ensalzados monarcas, sus bustos y sus altares, se coloquen en los templos junto con los divinos. Según el biógrafo Racan, una de las odas que más lo enorgullecía era la dedicada a la campaña de Enrique IV en Sedán, contra el Duque de Bouillon (1606). Es una de las más yertas y amaneradas. Siquiera en la otra oda del mismo año, con motivo del atentado de un loco en el Puente Nuevo contra el Rey, hay hermosas estrofas, de rozagante mitología, que se parecen a las de Ronsard:

O soleil, ô grand lumineux!

y en la de Septiembre de 1610, elogio de los primeros meses de la Regencia (la que precisamente le valió el aumento de la pensión), hay varias muy afortunadas, aplaudidas por Chénier, Sainte-Beuve y Faquet, como aquella famosa:

C'est en la paix que toutes choses
Succèdent selon nos désirs;
Comme au printemps naissent les roses,
En la paix naissent les plaisirs;
Elle met les pompes aux villes,
Donne aux champs les moissons fertiles,
Et de la majesté des lois
Appuyant les pouvoirs suprêmes,
Fait demeurer les diadèmes
Fermes sur la tête des rois.

Los altibajos y eclipses de la inspiración son tan frecuentes en él como los de las sentencias críticas: este purificador del gusto lo tenía muy estragado, al punto que desdeñaba a los griegos, y en especial a Píndaro, cuyo estro calificaba de galimatías; y a Virgilio prefería abiertamente Séneca el trágico, Ovidio, Juvenal y la mediocre *Tebaida* de Estacio. Otra de sus enemigas personales era contra el dulcísimo Petrarca, a quien nunca logró saborear ni entender. Con criterio tan tosco, no es extraño que desconociera y rebajara a Ronsard, aún cuando lo imitó sin decirlo infinidad de veces, verbigracia en la oda de consolación al primer Presidente del Parlamento de París (51). Ni tampoco evitó siempre los arcaísmos y los diminutivos que enrostra a los de la Pléyade (*pauvrette*, etc.) (52). Claro que procuraba igualmente imitar a Virgilio, por más que pretendiera menospreciarlo: son palpables las reminiscencias de la égloga *Sicelides Musae*, al celebrar la obra pacificadora de Enrique IV, en las estancias de 1605, (jornada al Lemosín), como lo notó Chénier.

La oda arriba citada al Presidente Verdun en un chistoso ejemplo de premiosidad. Intentaba en aquélla consolarlo de la viudez, pero se estuvo empollándola tres años; y cuando la tuvo lista, ya el viudo, adelantándose al sentido de sus exhortaciones, había contraído segundas nupcias. Chasco semejante le sucedió con la invectiva inspirada en los Salmos, contra Condé y los demás Príncipes insurrectos. Tanto se dilató en pulirla, que al acabarla se habían reconciliado los Grandes con la Regente (Mayo de 1614, paz de Sainte-Menehould). Era de tan proverbial lentitud que Racan y Menage nos refieren como un prodigio haber compuesto las miserables estancias de 1610 (en vísperas del crimen de Ravailiac), sobre ninfas y bailes para el teatro palatino del Louvre, *no más que en un día*. Maravilla digna, por lo visto, de eterna recordación. Los recursos poéticos de Malherbe son muy escasos: rayan en la mendiguez. No tiene en su lira sino dos o tres cuerdas: el amor al orden y la paz, el poder inexorable de la muerte, y la

(51) Testimonio de Menage.—Aprovechó para ella la 4 del Libro V, a su vez traducción de versos latinos de Juan Dorat.—A fin de palpar la inferioridad de sus imitaciones, compárese la sabida *Mignonne, allons voir si la rose* a Casandra y el soneto *Marie, levez-vous* con los ecos difusos de Malherbe en la canción *Sus, debout, la mercaille des belles*.

(52) Véanse las referidas estancias de *Alcandro* en 1609.

fanfarria de que él solo es capaz de conceder gloria inmortal con sus versos. Se agota con eso: de dichas notas no sabe salir. Lo restante son adornos caducos, de tierra y yeso, tan artificiales como los de su legítimo nieto y continuador Juan Bautista Rousseau, el que también se imaginaba competir con Horacio y los Salmos, o como su último vástago Escouchard-Lebrun, que los pseudo clásicos se atrevieron a parangonar, en temeraria blasfemia poética, nada menos que con Píndaro. Tendríamos que admirar a aquellos desdichados engendros del academicismo francés, si nos obligaran a aplaudir en conjunto al paupérrimo Malherbe. En conjunto, decimos; y nó a trozos y saltos, muy de vez en cuando. Porque nadie puede negar que *el primero de los clásicos*, el enaltecido dechado de *regularidad y arte de composición*, presenta de trecho en trecho, entre insulseces y raídos lugares comunes, estrofas delicadas o potentes, y expresiones felicísimas, obtenidas a fuerza de limar y bujular. Así sucede en la mal ordenada y planeada *Consolación a Du Perrier*. Sobreabunda más de la mitad de la pieza, muchas de cuyas estancias suenan a impertinentes. Pero, a más de las mercedamente renombradas sobre lo breve de la vida y las rosas, y la horaciana de igualdad ante la muerte, hay versos encantadores, de inefable esbeltez, de levedad y misterio. Versos de esta clase compensan con creces los infinitos prosaísmos de las restantes obras de Malherbe:

..... Aussitôt que la Parque
Ote l'âme du corps,
L'âge s'évanouit au deçà de la barque,
Et ne suit point les morts...

En la oración por el Rey que va al Lemosín:

La moisson de nos champs laissera les faucilles,
Et les fruits passeront la promesse des fleurs.

En la paráfrasis del Salmo 128, recordado atrás, hay estos tan hermosos:

La gloire des méchants est pareille à cette herbe
Qui, sans porter jamais ni javelle ni gerbe,
Croît sur le toit pourri d'une vieille maison.

Para los dobles matrimonios españoles de Luis XIII con Ana de Austria, y de Felipe IV con Isabel de Borbón:

Tout le plaisir des jours est en leurs matinées.
La nuit est déjà proche a qui passe midi.

La poesía de Malherbe se parece a una jornada en los desiertos de Arabia o de Egipto, o mejor en nuestras costañas pampas. En el fondo, las montañas se perfilan con líneas serenas y nobles. El cielo a ratos es azul, y se recortan en la luz unas palmas elegantes. Pero con frecuencia el ambiente es gris, plomizo; y las mismas palmeras se agravan sobre el tronco, en más de su mitad, con muertos follajes. Los raros oasis son manchas minúsculas entre la monotonía de las arenas y los despoblados cascajcosos. Apenas los rodean algunas matas polvorientas. Las cisternas son pozos tibios y triviales, o hilos de agua tenues y salobres. Cuando los viajeros se internan en la circundante aridez, el paso de las cabalgaduras suena con ritmo vacío y monótono, sobre los pedregales infecundos, cual martillean las cesuras clásicas. Ese es el líbico paisaje que la moda, por una de sus alternativas ineluctables, antepuso largo tiempo a la pomposa y umbría selva tropical de Ronsard y todo el siglo XVI, que en tantas cesas se asemejó al romántico y profuso XIX. En Francia, a los poetas y prosistas recargados, suceden el tísico lirismo de Malherbe y los ceñudos libros de los primeros doctores jansenistas, como Saint-Cyran y Antonio Arnauld: era la desnudez aterida del invierno.

Malherbe prevaleció y fué magnificado con increíble exceso en el siglo XVII francés, no tanto por su mediano e intermitente talento, sino porque acertó a servir, con empeño y doctrina, las necesidades y tendencias de la época (53). En justa retorsión, por las vicisitudes de los tiempos, habían de ser los románticos de la pasada centuria los que lo redujeran a exigua talla, con la misma brusquedad, no exenta de relativa injusticia, que él y Boileau ejercitaron. Al cabo de doscientos cincuenta años, Teófilo Gautier, Michelet y Banville vinieron a replicarle al fátuo y pobre *dictador de los versos* aún más de lo debido. Michelet es juez muy inseguro.

(53) Es lo que evidencia Brunetière en el estudio *La reforma de Malherbe (Etudes critiques sur l'histoire de la littérature française, Cinquième série)*.

ro en asuntos complicados de filosofía social y política, no ciertamente por inopia de información, sino por su acaloramiento y prejuicios, por una especie de manía persecutoria y el afán de explicarlo todo mediante libelos y chismes de espías y lacayos, o móviles de alcoba y de recámara, que lo hacen comparable a una vieja histórica. Es un Saint-Simon plebeyo y jacobino. Pero su frenesí no le quita, en materia literaria, gran instinto poético y aguda penetración psicológica. Abonando el refrán de *les niños y los locos dicen las verdades*, las ha expresado con más vigor que nadie sobre Malherbe y la pretendida reforma clásica. Lo denomina: "encarnación de lo grisáceo y lo vacío; escritor sobrio y juicioso, en el cual no hay riesgo de hallar ni una idea siquiera, sino sólo ritmo, y adentro nada; musa sometida al régimen de pan seco; gran hombre de una edad de ayuno y con el que se acaba todo" (54). Teodoro de Banville manifiesta igual concepto, al parodiar los versos consabidos de Boileau:

Enfin Malherbe vint . . . ,

añadiendo

.et la Poésie
En le voyant arriver, s'en alla.

Lo mismo opina el crítico Fernando Brunot (55), al afirmar que "mató la lírica". Ni es defensa adecuada alegar con Brunetière que si ahogó el lirismo, fué para substituirlo con *discourses elocuentes* (56); porque no nos parece meritorio ni grato construir una oía como un sermón, ni plausible tratar los versos como la prosa, y para un poeta es paradójal o sarcástico elogio reconocer que ha ahogado el género que pretendía cultivar, depauperándolo y anemizándolo. Y es lo que en realidad sucedió. La inspiración lírica no se extinguió en Francia; pero expulsada poco a poco de su terreno propio, atenuada, según lo hemos de ver, en los directos alumnos de Malherbe, o desconocida y desdeñada en sus francos teni-

(54) Michelet, *Historia de Francia*, tomo 13, caps. XVI y XXI.

(55) F. Brunot, *La doctrine de Malherbe d'après son commentaire sur Discourtes* (Paris, ed. Masson, 1891).

(56) Brunetière, est. cit., caps. IV y V.

tentes o adversarios, tuvo que refugiarse en las versiones y paráfrasis devotas, y en los coros dramáticos de Corneille, Racine, Rotrou y Quinault (57), o en las fábulas de La Fontaine (mucho más que en las elegías y epístolas, canciones y cuentos, baladas y rondales de éste), el cual fué como una idealizada reviviscencia de Clemente Marot.

VI

¿Qué medios utilizó Malherbe para conseguir influjo tan duradero y superior a su valer efectivo? Es indudable que, como Bru-netière lo repite, secundó en la esfera literaria la corriente que empujaba toda la sociedad de entonces a la disciplina y el equilibrio, al culto de la regla. No sólo cooperó a dicho impulso general, sino que en poesía y lengua lo estimuló, aceleró y procuró dirigirlo, hasta caer en la uniformidad maciza, en el pétreo orden pasado, a la romana y nó a la griega, y tocar con frecuencia en el prosaísmo más vulgar y descolorido. Concurrió a la natural inclinación de su medio ambiente, en vez de contrariarla. Actitud cómoda y fácil. Mas para ayudar y guiar esas tendencias predominantes, que sus instintos y ansias de medro le hacían sentir dondequiera, puso a contribución dotes de ahinco y fanatismo, de ardor proselitista y de imperiosa dureza, en que radican la autoridad y eficacia del pedagogo, y del capataz de escuela o partido. No lo auxilió poco en la faena de director del gusto, su nativa insolencia, subrayada por la tartamudez de que adolecía. Fué maestro en aprovechar los defectos propios. Compensaba sus prosternaciones cortesanas y se vengaba de ellas, con respuestas candentes, que se han perpetuado en los anecdotarios. A un palaciego, que se dolía de la muerte del hijo de su patrón, le contestó: "Amigo, esmeraos en servir bien, que de seguro a vos nunca os ha de faltar amo". Otra vez, cuando acompañaba a la Reina, en un desfile, la liviana Condestabla de Lesdiguières, exclamó: "Mirad, que allí pasa el vicio". Es el antecedente de la vengadora frase de Chateaubriand,

(57) Léanse en comprobación la *Paráfrasis de la Imitación de Cristo*, el monólogo del *Cid* y las estrofas líricas del *Policucto* de Corneille; los *Himnos sacros* y *Cánticos espirituales*, y los coros de la *Es'ter* y la *Atalia* de Racine; los del *San Ginés* de Rotrou, y los de las óperas de Quinault; todo ello muy por encima del nivel ordinario en Malherbe.

cuando el cojo Talleyrand se apoyaba en Fouché para entrar en la cámara de Luis XVIII. Son memorables las destemplanzas y groserías que usaba para con los poetas que se le antojaban malos. Con sus dichos corrosivos, ejercía una especie de terror. Hubo, sin embargo, quien le devolvió con creces los descomedimientos. Marino, el aplaudido conceptista y preciosista napolitano, durante su viaje por Francia, le oyó recitar algunas poesías. Era ya Malherbe un viejo catarroso, y sin cesar tosía y se sonaba. Al salir de la recitación, dijo muy serio el Caballero Marino: "Nunca he visto hombre más mojado ni poeta más seco y enjuto". Parece que el mismo Malherbe se retrató cuando dijo:

Mais j'y deviens plus sec, plus j'y vois de verdure (58)

Una vez más se definió exactamente el alma, confesándole a la Marquesa de Rambouillet, cuando ésta aun lo soportaba:

Mon goût cherche l'empêchement...
Le ciel injuste m'a réservé
Tout le fiel et tout l'absinthe.

La Scudéry, en la novela *Clelia*, nos asegura que era rarísimo oírle encomiar a un escritor. Pero en cambio, son sinnúmero las explosiones de soberbia y de verdadera manía de grandezas, con que se impuso a los sobrecogidos contemporáneos. A Enrique IV se atrevió a afirmarle, cuando cantó la breve campaña de Sedán:

Ta louange dans mes vers
N'aura sa fin terminée
Qu'en celle del'Univers.

A la Reina Regente le explica:

Mais l'art d'en faire des couronnes
N'est pas su de toutes personnes;
Et trois ou quatre seulement,
Au nombre desquels on me range.

(58) Soneto XI, a su amada Calista, que es la sabihonda Vizcondesa de Aulchy.

Peuvent donner une louange
Qui demeure éternellement (59).

A Luis XIII le declara que es máxima felicidad, supremo favor del destino, contar con testigo y poeta tan extraordinario:

Quel rival assez vain-prétendra m'égaler?
.....
Ce que Malherbe écrit dure éternellement.

No es mera imitación de Horacio (60): es la incontenible expansión del orgullo más indómito e incomfortable. Todavía, al Rey triunfante, le reitera:

Quelle sera la hauteur
De l'hymne de ta victoire,
Quand elle aura cette gloire
Que Malherbe en soit l'auteur?

Casi al punto de morir, desengañado y abrumado, la indole aun le arrastra; y en la última oda que escribió, porfía:

Et puisque Malherbe le dit
Céla sera sans contredit.

No aparece menos violenta la vanagloria en las cartas privadas: "No creo que se me pueda acusar de presumido si afirmo que un hombre que no sepa quien soy, ha de venir del otro mundo. Este siglo conoce mi nombre, como uno de los que resaltan por cima de lo común" (Carta a Guez de Balzac). El que niega sus méritos, "es de la escuela de los que sostuvieron que la nieve es negra" (Idem). "Si hay algunos extravagantes que quieren formar banco aparte, sea en buena hora. De todas las deudas, la más fácil de pagar es el desprecio. Me burlo de mis antagonistas; y no admito ni uno solo, desde el cedro hasta el hisopo". Esta tensión megalómana es innegable que le infundía una fuerza de imposición

(59) Estrofa última de la Oda a la Reina Regente.

(60) Odas de Horacio, 25 del L. III y 30 del L. V.

y atracción, como los furiosos la adquieren siempre sobre los medrados e incautos. Mas ya que amaba y consultaba tan a menudo a Horacio, debió de escuchar aquel consejo de la Epístola a los Pisones:

Quin sine rivali teque et tua solus amares.

En la modesta vivienda que habitaba en París, reunía a la tertulia de los secuaces más fieles: Touvant, el epigramatista Colomby; el Marqués de Racan, pariente y pupilo del Duque de Bellegarde; Maynard, secretario de la Reina divorciada Margarita de Valois; y a veces Boisrobert, el secretario del Cardenal de Richelieu. Pontificaba, encarnizándose en la discusión y el expurgo de la propiedad de gerundios y participios, según nos lo recuerda en broma su ahijado literario, Juan Luis Guez de Balzac (61). A éste, que también carecía de ideas pero que prometía disfrutar de influencia, por la corrección y armonía del estilo, se lo atrajo halagándolo y augurándole brillante porvenir. Mas el éxito triunfal de las *Cartas* en 1624, lo indispuso un tiempo contra Balzac; y no pudo contener, delante de Gomberville, el estallido de la envidia. Al ingenuo Racan lo aprovechaba como acólito o caudatario incondicional, y como introductor en altas esferas mundanas. Pero cuando le salían al mismo Racan muy lucidas las estrofas, no disimulaba la dolorosa emulación. Concurría al celebérrimo *salón azul* de la Marquesa de Rambouillet, para sentenciar en poesía y gramática, y la hizo musa de sus pensamientos. Al cabo riñó con ella. Aplicó luego los seniles homenajes a otras directoras de salones literarios de crédito y ascendiente en el público: a la sabia teóloga Vizcondesa de Aulchy, y a la burguesa Madama de Loges, la epistolaria hugonota. A aquélla le dedicó, por lo menos desde 1608, versos amorosos muy insípidos y cansados. Hasta en vejez septuagenaria, se entretenía con hartó menos platónicos galanteos, como se ve por cartas al citado Balzac. Nunca llevó adelante la promesa que hizo en el soneto a Mr. du Maine:

Je renonce a l'amour, je quitte son empire;

(61) *Sócrates Cristiano*, Discurso X.

y que renovó en 1614, ofreciendo no insistir en:

Ennuyer les races futures
Des ridicules aventures
D'un amoureux en cheveux gris.

Desde que se instaló en París, a partir de 1605, dejó a su mujer en Provenza, encargada de la administración de las rentas y de educar al hijo varón que les quedaba; y de ordinario no tenía noticias de ambos más que por intermedio de Claudio de Peiresc (el sabio Consejero y arqueólogo coleccionista, el corresponsal infatigable de Gassendi y Rubens, de Saint-Amand y de los protestantes de Nimes). No volvió a verla sino dos veces por breves temporadas en el espacio de veintitrés años. La quería a su modo, como ecónoma; deseaba no sobrevivirla, y así en efecto sucedió. Relataba como uno de los rarísimos actos religiosos que espontáneamente se impuso, haber cumplido el voto de peregrinar a pié y sin sombrero de Aix a la Sainte-Baume, para impetrar la salud de la esposa. Se sometía, por el bien parecer, a los preceptos indispensables de ayuno, misa y comunión anual; mas por una de sus muchas excentricidades, se obstinaba en no satisfacer dicho último mandamiento de la Iglesia durante el período de la Pascua, sino el día de Todos Santos. En una carta a su hermana dice que miraría con horror que su hijo profesara de jesuítas. Sin embargo, en un epigrama y varios versos, lisonjea con desaforada hipérbole al atropellado y denigrado en demasía, jesuítas P. Garasse (el tan maltratado en el siglo siguiente por Bayle y Voltaire, el maestro de Juan Guez de Balzac, el enemigo a la vez de los escritores impíos, como Teófilo de Viau, de los escépticos o tibios, como Charron y Pasquier, de la Sorbona galicana y de los nacientes jansenistas). La obra del P. Garasse alabada por Malherbe y su constante seguidor Racan, era precisamente la *Suna teológica de las verdades capitales del Cristianismo*, impresa en 1625; la que provocó la refutación del Abate de Saint-Cyran y la condena por la Facultad de Teología de París. Malherbe no tenía interés alguno en el fondo de estos problemas, y no había previsto el ruido y polémicas consiguientes: lo único que por el momento procuraba, era retener el aprecio de los jesuítas y demás fervientes católicos. Consideraba la ortodoxia y la realeza como dos paralelas gendarmerías para la segu-

idad social y el propio reposo. De otro lado, sus más íntimos amigos y antiguos protectores, como Madama de Loges y Du Vair, el Primer Presidente de Aix y al fin Obispo de Marsella y de Lussieux, fueron, en público o en secreto, calvinistas (62). De igual modo manifestó simpatías por los futuros jansenistas, como D'Andilly, que más tarde, desde antes de 1638, emprendieron una especie de mitigada y equívoca reforma semiprotestante.

El nivelador despotismo de Richelieu, el duro pero majestuoso y patriótico régimen de salvación pública, de obediencia civil y grandeza externa, instituido por el gran Cardenal, satisfizo por entero sus aficiones autocráticas. A ningún gobernante ha elogiado con tanta efusión como a Richelieu. Si fuera cierto que adivinó al genial estadista desde la penumbra del primer ministerio y la proscripción, el horóscopo lo redimiría de muchas mezquindades y corroboraría el título profético de vate. Pero es verisímil que, más que el íntimo presentimiento, lo guiara la predilección de la Reina Madre. Hasta Menage y Bayle pretenden que Richelieu lo despreciaba. No se ve por la correspondencia, sino muy al contrario. Para ambos es honrosísima la carta que el egregio ministro le escribió desde las trincheras de La Rochela, felicitándolo en términos justos, por la que sin duda es su mejor oda, relativa a aquel asedio. Lo único que parece haber de verdad en el alegado desdén antiguo, fué que Malherbe, por indigencia habitual de invención, creyó obsequiar bien a Richelieu, cuando éste entró en el ministerio, enderezándole la oda:

Grand et grand prince de l'Eglise....

que hacía veinte años compuso para muy distinto personaje y que ahora apenas modificó en ciertos pormenores. Richelieu, tan orgulloso y tan entrometido en literatura, no aceptó elogios circulares y guardados como vetustísimo fiambre. El poeta se vió obligado a torzar la mísera vena y redactarles nuevos (63). En un soneto, lo llama con razón:

(62) Sobre Du Vair, desde 1616 a 1621 Guardasellos de Francia, véase Sainte-Beuve, *Port-Royal*, tomo 1º, libro II, cap. II.—Sobre la amistad entre D'Andilly y Malherbe, véase la carta de éste a Peiresc, fechada en Caén, el 5 de Noviembre de 1621.

(63) Así lo cuenta Menage.

Grande âme aux grands travaux sans repos adonnée;

pero en otro soneto de aquellos mismos años, acerca de un caballero asesinado en los cotidianos desafíos, muy castigados por Richelieu, no había hallado cosa mejor que duplicar:

Belle âme aux beaux travaux sans repos adonnée.

Ni al Cardenal de Richelieu, acusado de amar con exceso la adulación, las venganzas y la guerra, podía gustarle mucho el verso con que encabeza un soneto laudatorio más, de tono harto pagano, casi sacrilego, expuesto a siniestras interpretaciones:

Peuples, cà, de l'encens; peuples, cà, des victimes...

El terceto final propone colocar el busto del Primer Ministro en los templos, como ya lo había pedido infinitas veces, como una obsesión, para Enrique IV y María de Médicis, cuando dichos monarcas gobernaban. Eso sí, Richelieu le pagaba mucho mejor que ellos, sabiéndolo avaro. Lo nombró Tesorero de Francia, y le concedió tierras en Tolón y derecho a explotar las salinas de Castigneau. En carta al Obispo de Mende, Malherbe le asegura que si obtiene la tesorería y hay puntualidad en el abono de la pensión, cantará con mayor aliento las glorias de Richelieu. Y cuando le escribe a su ciego idólatra Racan, acerca de la guerra de la Valtelina, se burla a las claras del Papa.

Con las granjerías y propinas que se conseguía del Cardenal, y con la tarda herencia del odiado padre, pudo considerarse rico en los últimos años, a no ser por la irregularidad con que el fisco le entregaba el sueldo, de la cual se queja mucho y prefiere pasar el invierno en París, a fin de no descuidar la cobranza (Cartas de 1625). La correspondencia de Malherbe es en alto grado instructiva para las interioridades de aquel tiempo, aunque dice bien Broglie que carece de fluidez y gracia. Es igualmente muy significativa desde el punto de vista literario, por los descuidos y vulgaridades en que abunda, y que asombran viniendo de tan decantado retórico. Unas pocas cartas aparatosas, acompasadas y solemnes, inician el género que cultivará enseguida con mayores dotes Guez de Balzac. Habiéndole resultado buenas las consolaciones fúnebres

en verso, al Consejero Du Perrier y al Presidente Verdun, se propuso continuar los pésames en prosa, dirigiendo relamidas cláusulas a su propia mujer, por la muerte de la hija común, Jordana (Junio de 1599), y a la Princesa de Conti, por la del hermano de ésta, el Caballero de Lorena. ¡Qué extraños lenitivos les proporciona, faltos de toda eficacia y de todo propósito; qué singulares razones necrológicas de consuelo; qué rebuscadas sutilezas, como las de los libros de aventuras satirizados en *El Quijote*! ¡Qué contraste con la delicadeza de Molière en el soneto fúnebre a Le Vayer; y con Tristan L'Hermite, en el de *Filis* y en la *Consolación a Idalia*! A su esposa le escribe, y no menos que sobre el fallecimiento reciente de la hija, como jugando en pleno laberinto de las antítesis del conceptismo: "Me asistía el temor constante de perderla, mientras la conservaba; y si estaba una hora sin verla, me parecía que hacía un siglo que no la había visto. Ya estoy, corazón mío, libre de ese temor; pero he salido de él de manera tan cruel y digna de lástima, que jamás hubo otra más cruel y lastimera. Me he propuesto consolaros; mas, ¿cómo lo haré, yo mismo sumido en desconsuelo? ¿Qué haré, alma mía? Me debería contentar con no consolaros; sin daros, con estas reflexiones tan tristes y melancólicas, materia para entristeceros más aún. He amado únicamente a mi familia, y quiero amar su pesar únicamente... La enfermedad que me la ha arrebatado, no me arrebatará el contento que padezco al afligirme por ella". Parece que anduviéramos como sobre púas, en tantos contrapuestos distingos. La Princesa de Conti no debe llorar más a su hermano, para no perturbar a la Reina Regente, que ha solido aliviarse de los lutos más próximos disponiendo bailes de Corte (Carta del 29 de Marzo de 1614). Es el colmo de lo apocado y servil, monstruoso en un brote de raza pura; increíble en hombre que presumía de inteligente, de noble y de franco. El Obispo académico Godeau, el *Rey Chiquito*, el *enanc* del Hotel de Rambouillet, que en todos sentidos merecía el apodo, ofuscado como tantos por la abultada fama del dictador literario, osó calificar de *obra maestra* esta pieza declamatoria y menguada. Ya, en 1600, había ofrecido en rimas a *Carites viuda*, y después a Maria de Médicis (por la pérdida del malogrado Infante, que fué el primer Duque de Orleans de esa generación), confortes de igual calibre. Y ¡qué lamentable falta de sinceridad! El, tan adversario de la Liga y cortesano de Enrique IV, le perora a la Guisa: "Vuestra Casa es tan

grande, que nada pequeño puede producir; tan célebre, que no hay lugar de la Tierra que no conozca su gloria; tan ilustre, que no hay reyes en Europa que no sean sus parientes". Al hermano mayor, el Duque Carlos, con motivo de la recuperación de Marsella, lo había denominado, en la oda de 1596, *Alcides hijo de Alcides*. El versificador y adulador sucesivo de Enrique III y Enrique IV, ¿qué opinaba en suma de la Liga Católica y de la memoria de su caudillo, al evocar, en son de apoteosis, a la estirpe de este otro Enrique, el *Hércules Balafré*, así como lo solían llamar Felipe II y los embajadores españoles? Probablemente reparaba en muy poco o nada, sino en que había que congraciarse con todas las familias poderosas. Entre bajezas tales, lucen algunos fulgores de talento, en frases bellas y pintorescas, aunque amaneradas: "Ha muerto joven, pero feliz. Ha caminado poco, pero sólo sobre flores. Los años degradan hasta los monumentos. . . La vida humana tiene heces, como el vino".

VII

Con Malherbe ocurrió precisamente lo contrario de lo que a nosotros sugiere en la imagen que acabamos de citar. La vejez, de que abominaba, le fué provechosa. El agrio y claro vino se hizo añejo; y en el fondo del vaso descansó lo generoso del licor. Lo más lucido en su escasa cosecha, corresponde al extremo otoño. Después de los cincuenta años, a fuerza de obstinación y estrictez, llegó a formarse un estilo propio, neto, bruñido, sobrio hasta la sequedad, limpio hasta ser incoloro, diáfano hasta ser pálido, pero con músculos y nervios de atleta, y ahora con arrestos de patriotismo belicoso, y que va afirmándose y acendrándose a partir de la oda a la Reina Regente. Vienen luego, en creciente progresión, las dos paráfrasis de los Salmos; pero la obra magistral, su verdadero e indiscutible florón poético, la vibrante oda a la campaña de La Rochela, es la penúltima que escribió, cuando ya frisaba en los setenta y dos años. Pertenecía a aquella clase de personas que no dan de sí cabal medida sino en la vejez, aunque hayan obtenido tempranos éxitos, como lo fueron, en la controversia metafísica y bíblica, el doctor Arnauld; Fontenelle, en el género simplemente ingenioso; y después Víctor Hugo, en el satírico y el épico. Y si para nuestro Malherbe (al fin de cuentas tan subalterno y medio-

cre) es lícito acudir a compararlo, siquiera sea en un solo aspecto, con los máximos en inteligencia y acción, agregaremos que le ocurrió en poesía lo que en filosofía a Kant, y en la guerra a Moltke, Hindenburg, Clemenceau, y a Quinto Fabio y al mismo Sila entre los antiguos romanos. Las relumbrantes estancias al asedio de La Rochela, valen en la historia psicológica de Francia, tanto como la toma de dicha ciudad, que constituyó la hazaña más pura de Richelieu y la definitiva derrota de los levántiscos hugonotes. Nos resta por indicar la oculta relación en que estaba la oda célebre con el ánimo de Malherbe y sus aflicciones, los postreros años que vivió.

Había mejorado hasta en los afectos familiares. Quería mucho a su único hijo, Marco Antonio, que era muy capaz y valeroso. Depositaba en él todas sus ilusiones. Lo hizo educar, al lado de la madre, en Aix de Provenza; y en esa universidad se graduó con excepcional aplauso. Solicitaba, desde 1616, que le concedieran al joven una plaza en el Parlamento provenzal, desdiciéndose del menosprecio frívolo en que tuvo otrora a la nobleza togada, y muy satisfecho en su inveterada fatuidad con el precedente de haber ingresado en el Parlamento de Paris un miembro de la Casa de Foix, vinculado con sangre real francesa. La propia rectificación contiene los resabios del furioso esnobismo linajudo que toda la vida aquejó a Malherbe, aunque fingiera impugnárselo a su discípulo el Marqués de Racan, en quien le molestaba, porque éste era de veras noble.

Cuando estaban a punto de realizarse los proyectos de Malherbe para la carrera judicial del hijo, vino a contrastarlos el genio discoloro y bravío del pretendiente, indudable herencia paterna. En la pequeña y bullidora ciudad de Aix, atestada de estudiantes e hidalgos pendencieros, los retos y desafíos eran accidentes diarios. En poco tiempo el mozo Malherbe sostuvo dos duelos; y en uno de 1624, en el que fué provocador, mató a un burgués. Condenado por ello a muerte, logró el padre hacerlo escapar a Normandía, y que en breve lo indultara el Rey. Meses después, nueva y trágica ruina: Marco Antonio de Malherbe fué asaltado y muerto a escodadas en el campo, a cuatro leguas de Aix, por dos oficiales, Pablo de Fortia, Señor de Piles, y Gaspar de Bormes, respectivamente yerno e hijo del Consejero del Parlamento Cauvet. Lo enterraron en el convento de los Mínimos de Aix, con ruidosas muestras de dolor público. Al saber la tremenda noticia, el viejo poeta no consiguió

reprimirse y olvidar, como se ufanaba de haberlo hecho cuando se le murieron las hijas, como había querido que se consolaran los demás en trances semejantes. Desesperado, sintiendo que el asesinato alevé y a traición del bizarro hijo era el último golpe, el naufragio total, se consagró al castigo y la venganza. Obtuvo que los dos matadores fueran condenados a decapitación. Pero el Consejero Cauvet era rico, a consecuencia de fraudulentas operaciones comerciales, pues había sido mercader ambulante de especerías. Con sus caudales mal ganados, hizo huir a los reos, como lo había hecho antes la familia de Malherbe. No pudieron ser habidos, a pesar de las órdenes del Gobernador de Provenza, Duque de Guisa, y del Canciller de Francia. El anciano poeta tronó, imprecó, y suplicó al Rey que esta vez no perdonara. Patentizó que el Señor de Piles, comprador de la capitania del castillo de If a un valido de Enrique IV, procedía de infimos hebreos de Aviñón y Carpentras. Así se lo escribía al Rey, a los obispos, a los amigos, a todo el mundo; así lo clamaba a Dios en un exasperado soneto:

O mon Dieu, mon Sauveur, puisque, par la raison,
Le trouble de mon âme étant sans guérison,
Le voeu de la vengeance est un voeu légitime,

Fais que de ton appui je sois fortifié;
Ta justice t'en prie, et les auteurs du crime
Sont fils de ces bourreaux qui t'ont crucifié.

Insistiendo en rogar a ambas Majestades, divina y humana, acompañó la oda a la expedición de La Rochela con una nueva carta imploratoria de justicia al Rey Luis XIII. Cuando le cantaba:

Et suis jusqu'a leur fin ton courroux généreux,
Sans jamais écouter ni pitié ni clémence
Qui te parle pour eux,

pensaba, tanto como en los rebeldes calvinistas, aliados del extranjero inglés, en los prófugos asesinos de estirpe judaica. La asociación, irritándolo y escandeciéndolo, aumenta la belleza metálica de las estrofas. Convertido en rabioso antisemita, por las conexiones de los matadores de su hijo, refleja en este canto bélico la inhu-

mana y sublime crueldad de los himnos ninivitas, babilonios y bíblicos. El retractado protestante, el primogénito del saqueador de la abadía de Troarn, habla con el mismo tono que Ronsard de las ciudades y edificios devastados por la furia herética, en un siglo entero de peleas y asolaciones. No le falta sino exhortar a la cordia, muy apartada de sus sentimientos de entonces, y que a la continua manaba de las entrañas del buen Ronsard, aun cuando apostrofaba a Teodoro de Beza, el auxiliar de Calvino.

A pesar de la oda y los plácemes del Rey y de Richelieu, no había empeño en perseguir a los fugitivos. Malherbe se fué al campamento sitiador de La Rochela. Ni siquiera obtuvo audiencia del Soberano ni del Cardenal. Fuera de sí, vociferaba que contendría a duelo con sus enemigos, no obstante la enorme diferencia de edades. El fiel Racan intentaba calmarlo, y hacerle comprender lo inconveniente e importuno de la actitud retadora en esas circunstancias. Descoronado, enfermo de paludismo, regresó a morir a París. Deshecho por la pena, en la última y desfalleciente oda al Señor de la Garde, se lamentaba con versos ramplones pero transidos:

Mais las! la perte de mon fils,
 Les assassins d'orgueil bouffis,
 Ont toute ma vigueur ravie;
 L'ingratitude et peu de soin
 Que montrent les grands au besoin,
 De douleur accablement ma vie...
 Nous jours passent comme le vent,
 Les plaisirs nous vont décevant;...
 Et toutes les faveurs humaines...
 Grandeurs, richesses et l'amour
 Sont fleurs périssables et vaines.

Por temor al infierno, rechaza la tentación de suicidarse. En este abatimiento, se acordó tal vez de su mejor entonadas rimas:

En vain, pour satisfaire à nos lâches envies,
 Nous passons près des rois tout le temps de nos vies
 A souffrir des mépris et ployer les genoux.

Lo que no soportó, ni en el lecho de muerte, fueron los solecismos. Con alguna dificultad lo persuadió al cabo su discípulo el Gentilhombre Ivrande a que recibiera los sacramentos, sin aguardar Pascuas ni la víspera de Todos Santos, pues la gravedad se presentó a principios de Octubre de 1628 (Racan, *Vida de Malherbe*, pág. 44). Mas como el cura que lo asistía, no empleaba selecto lenguaje, le advirtió con severidad: "No me habéis más del Cielo, porque conseguireis con vuestro estilo hacérmelo desagradable". Y se recobró del sopor de la agonía, para reprender a la enfermera por los errores de sintaxis en que la oyó incurrir. A las amonestaciones del confesor, para que en tales instantes se dejara de observaciones gramaticales y atendiera al supremo negocio de la salvación del alma, replicó que había de cumplir hasta el último minuto con el deber de velar por la pureza del idioma.

VIII

El fanatismo purista de Malherbe y su escuela proscribió como una cuarta parte del vocabulario francés, y casi todas las licencias poéticas de prosodia que había al fin autorizado Ronsard, tales como hiatos, elisiones, cabalgamientos o suspensiones, y rimas imperfectas a la vista, aunque no lo fueran al sonido. La hija adoptiva de Montaigne, la Señorita Jars de Gournay, mantenedora de la copiosa tradición del siglo XVI, más conforme con nuestro libre clasicismo español, combatió con muy ocurentes argumentos esas ineptas cortapisas: "¿Cómo podrá la poesía volar si le cortan las añas? Los nuevos dómines no emplean para rimar los oídos, sino los ojos. Una de estas mañanas exigirán que escribamos con los talones y bailemos con las uñas. La perfección para ellos no consiste en los esfuerzos de invención, agudeza o juicio, sino meramente en la lima. Se diría, al verlos, que en los versos ha de apretarse más lo que se borra que lo que se pone. Llevando las consecuencias de este método hasta el fin, el mejor poeta será así el que no escriba verso alguno. Le cercenan a la poesía libertad, dignidad y riqueza; la privan de flor, fruto y esperanza. Se parecen a la zorra del cuento que, mirándose con la cola cortada, aconsejaba a los demás animales que hicieran otro tanto, para hermosearse y complacerse. Han tenido la dicha de erigir en reglas sus defectos, y hallar gente que los crea. En una palabra, pretenden que

todos vayan a pié, porque ellos no tienen caballo". Con mayor despejo y desembarazo aún despreciaba la prosa de Malherbe. De la traducción del libro XXXIII de Tito Livio, propuesta por el mismo engreído gramático en calidad de infalible modelo, decía que no era "sino un caldo hecho simplemente con agua". Hasta los más sumisos malherbistas, como Vaugelas, hubieron de convenir a poco que aquellas traducciones y cartas de pésame redactadas por el *dictador*, pecaban de discordantes, desaliñadas, avillanadas y confusas (64). Malherbe, que no tenía oído musical, y se atenia por eso groseramente a las rimas visibles, negaba el ritmo libre, peculiar de la prosa. Se indignaba ante la posibilidad de una prosa poética, con lo que, del propio modo que desconocía el encanto de la de Montaigne, maldecía de antemano muchas páginas del *Télémaco* de Fenelon y de los *Pensamientos* de Pascal, y lo mejor de Juan Jacobo Rousseau, Chateaubriand, Renan, Guerin, Flaubert, Baudelaire y Claudel. El pretense restaurador del gusto excomulgaba por anticipado una de las provincias más valiosas de la literatura que dicen regeneró. La moda, con frecuencia insensata, soplabá a la sazón del lado de Malherbe. Por eso los más se mofaron de las advertencias de la Gournay, la anticuada *sibila*, sobreviviente de la centuria anterior, cuando era el caso de reconocer que la sibila vieja tenía mucha razón contra el viejo pedante, según se evidenció después, con las consecuencias en todo esterilizadoras. Cuando se jactaba de escribir, en verso y particularmente en prosa, nó para los literatos, sino para los cortesanos y mundanos, al uso del día y en el habla de los jornaleros de París, Malherbe apostataba del Renacimiento, en lo más substancial e íntimo, fomentaba el plebeyismo y, sin percatarse de ello, iniciaba el partido de los *modernos*, de algunas de las tesis ulteriores de Perrault y Desmarests.

A más de la Gournay y de Esteban Pasquier, cuya teoría sobre el estilo es idéntica a la de Ronsard (65), se alineó contra Malherbe el gran poeta satírico Mathurin Régnier. De inspiración abundante y desigual, mucho mejor provisto que Malherbe de rimas y afectos, irregular y voluble, lúbrico y devoto, su sitio en la literatura francesa está entre el gótico Villon y el moderno Ver-

(64) Consultense Vaugelas, *Remarques sur la langue française*, CXLIV; y Sainte-Beuve en el estudio sobre Guez de Balzac, *Port-Royal*, tomo II, Lib. II, caps. VIII y IX, y Apen. 3.

(65) Véase, en las *Cartas* de Pasquier, el Libro II, carta 12.

laine. Nacido en la eclesiástica Chartres, era su padre un regidor modesto, propietario de un juego de pelota o bolos, y su madre, hermana del ya conocido abate y poeta Desportes. Al tío debió la protección de los Joyeuse. El Cardenal, hermano del Duque, se lo llevó a Roma, donde residió ocho años y se embebió en las letras latinas e italianas. Nunca perdonó a Malherbe las afrentas al patrio amparador. Vengándolas, y al propio tiempo formulando las reivindicaciones del lirismo encarcelado y maltrecho, enunció, en la magnífica sátira antimalherbiana, dedicada a Nicolás Rapin, las censuras que contra el rigorismo pseudo clásico subscribe hoy toda crítica emancipada de rutinas de colegio:

Et laissant sur le vert le noble de l'ouvrage,
 Nul aiguillon divin n'élève leur courage.
 Ils rampent bassement, faibles d'inventions,
 Et n'osent peu hardis, tenter les fictions.
 Froids à l'imaginer; car s'ils font quelque chose
 C'est proser de la rime et timer de la prose.
 Ils peignent leurs défauts de couleur et de fard.

En la Sátira IX, dirigiéndose al venerado Ronsard, increpa Régnier a los malherbianos:

.....Ces rêveurs dont la muse insolente
 Censurant les plus vieux, audacement se vante
 De réformer les vers, non les tiens seulement,
 Mais veulent déterrer les Grecs du monument...
 Et leur dire à leur nez qu'ils n'ont rien fait qui vaille.

Este a la vez animoso pre-romántico y defensor de la tradición, que en la Sátira XII, la de Macette, la beata hipócrita, mojigata lectora de Fray Luis de Granada y Santa Teresa, y derivada del *Faux-Semblant* del *Roman de la Rose*, antecede al *Tartufo* de Molière, y aventaja al Aretino y Berni, fué acatado aún del muy prosaico y burgués Boileau, el cual en el *Arte Poética* (y en las *Reflexiones sobre Longino* (V) y una carta a Perrault), admite su vena y gracias, y pide asiento en el Parnaso junto al suyo, por mucho que se asuste con el impúdico desenfado del lenguaje. No espantará en demasia a los acostumbrados a los chistes de Quevedo.

y a los sonetos burlescos atribuidos a Góngora. Canónigo de la Catedral de Chartres, y pecador sin cesar reincidente y arrepen-ti-do, sus estancias y sonetos de devoción superan a los de Desportes y a los del Obispo Bertaut. A veces recuerda a Marot y La Fon-taine; y presagia muy de lejos (no hay que admirarse), la variedad de tonos y los desgarramientos de Musset, que ha reconocido él mismo la semejanza (66), rindiéndole el más simpático homenaje:

Otez votre chapeau: c'est Mathurin Régnier,
De l'immortel Molière immortel devancier...

Otro notable poeta excéntrico, de los retratados por Gautier, Teófilo de Viau, el improvisador, el hugonote libertino y ateo, el incrédulo protegido por los Duques de Montmorency y de Lian-court, hermano de alma de Villon y Régnier, a la vez conceptista y colorista, formó muy a las claras bando aparte de la reforma de Malherbe, aunque estimando los méritos del reformador, con soca-rronería apenas embozada:

Malherbe a très bien fait, mais il a fait pour lui...
J'aime sa renommée et non pas sa leçon.

Ces esprits mendians, d'une veine infertile,
Prennent à tout propos, ou sa rime ou son style...
J'en connais qui ne font des vers qu'a la moderne,
Qui cherchent à midi Phebus à la lanterne;
Grattent tant le français qu'ils le déchirent tout...
Veulent persuader que ce qu'ils font est beau,
Et que leur renommée est franche du tombeau.
Sans autre fondement, *sinon que tout leur âge*
S'est laissé consommer en un petit ouvrage;
Que leurs vers dureront, au monde précieux,
Pour ce que, les faisant, ils sont devenus vieux.
(*Elegie à une dame*)

Malherbe se vengó, cuando Viau estaba preso por impiedad y sa-crilegio, diciendo que merecía la prisión, más que por los delitos

(66) A. de Musset. *Sur la paresse*.—El propio Boileau, según las ané-
dotas de su vida compiladas por Monchesnay, decía en conversación que Rég-
nier poseía mayores condiciones nativas de poeta que Malherbe.

imputados, por los pésimos versos que escribía. Quien relea algunas composiciones, como *La mañana*, *La soledad* o *Apolo*, de tan meloioso hechizo y a la vez de toques tan luminosos en los paisajes, que parecen de Góngora o Marino, o de un parnasiano, es difícil que hoy comparta la displicencia de Malherbe.

Como sintoma de la reacción suscitada entonces contra su exclusivismo irrespirable, el académico Guillermo Colletet (1598-1659), reanimó el culto a Ronsard: rescató piadosamente la casa que en París fué morada del escarnecido jefe de la Pléyade, y en lindo soneto predijo la restauración de su gloria:

*Malgré ces ignorants de qui la bouche noire
Blasphème parmi nous contre ta déité,*

*Je viens rendre à ton nom ce qu'il a mérité,
Belle âme de Ronsard, dont la sainte mémoire
Remportera du temps une heureuse victoire
Et ne se bornera que de l'éternité...*

Otro académico del tiempo, Oliverio Patru (1604-1681), a quien se atribuye de ordinario el mérito de la reforma clásica en la elocuencia forense, confesaba a sus amigos que no hallaba en Malherbe sino lima y artificio.

IX

Honorato de Bueil, Marqués de Racan, obediente discípulo de Malherbe, poseía más sentimiento y musicalidad que el maestro, según lo reconoce hasta el mismo intolerante Boileau (Carta XII a Maucroix). Blando y soledoso, virgiliano y lamartiniano, bien se advierte que es conterráneo de Ronsard y de Musset, y que vivía y rimaba no lejos del castillo en que el Príncipe Carlos de Orleans minió sus últimos rondeles (Léase, por ejemplo, su *Venida de la primavera*). Es en él muy vivo y sincero el amor a la naturaleza. Sabía poco latín, y nunca pudo hacer de Horacio su *breviario*, como se ufanaba de hacerlo Malherbe; pero de las paráfrasis del *Beatus ille* en lenguas romances, una de las mejores es la suya, en las justamente renombradas estancias a Tircis sobre el retiro campesino. Deja muy atrás las de Desportes (*La vie champêtre*), Var-

quelin de la Frasnaye (*La vie des champs*), y Rapin (*Le gentilhomme campagnard*); y compite en apacibilidad con las lirás de Fray Luis de León. Encantaban a Fenelon, con todo derecho (67). El ideal de sosiego rústico, que era el de la nobleza campesina, el que animaba las novelas arcádicas de esa época, la *Astrea* de Urfé y las *Dianas* de Montemayor y Gil Polo, ningún francés de aquel siglo lo realizó en la vida ni lo cantó en los versos con tanta verdad y emoción como Racan. En las *Pastorales* y en las odas presenta descripciones mansas y delicadas. Es un elegíaco, un bucólico amenísimo, muy superior a lo que más tarde fueron sus seguidores Maucroix y Chaulieu. Es, como Régnier y por otros aspectos, el nuncio, la alborada luminosa de La Fontaine. Se ha requerido toda la incomprensión y colosal ceguera del pasmoso Boileau para desconocerlo hasta el extremo de calificarlo de *épico* y *homérico*, según se atrevió a llamarlo en la sátira IX. Ostenta, en la composición dedicada a su pariente el Conde de Bussy, bellezas tan singulares de ritmo y rima, y exhala en la báquica dirigida a Maynard un perfume de horacianismo tan genuino, que no se comprende cómo ha sido pospuesto a su acre y tiránico preceptor.

Maynard, el secretario y favorito de la Reina Margarita de Valois, supo también cultivar preciosas flores líricas, bajo la férula quebrantadora de Malherbe, que en vano procuró denegarle vigor y vehemencia de númen (*Vida de Malherbe* por Racan). Demuestran lo infundado de la censura envidiosa, la oda *A la bella anciana*, digna de los románticos mejores; la tan valiente de *Alcipo*, cuyo senequismo evoca la *Epístola moral* de Andrade; los sonetos admirables que le dictaron los desengaños cortesanos; y los sentidos versos en que nos delinea los monumentos de París, las lujosas galerías renacentistas de las Tullerías y el Louvre, de columnas ceñidas de anillos y collares, y de arabescos retorcidos y frondosos:

J'aime Paris, et cette amour
M'a fait souvent verser des larmes...

La lozanía del lirismo francés, italianizado y españolizado en el Renacimiento, había sido tan pródiga y vivaz, que se resistía y rebro-

(67) *Carta sobre las ocupaciones de la Academia Francesa* a Dacier, capítulo X.

taba aún en los más rendidos partidarios del destroncador Malherbe. Ya en la siguiente generación, suben la lividez y la nieve; y Boileau, en la ridícula *Epístola al paso del Rin*, y en las pseudógidas *A la toma de Namur* y *Contra los ingleses* granizará témpanos mortales, por fríos y burdos. Se explica que en tal ambiente de menoscabo, o mejor de nulidad lírica, hasta el penetrante La Bruyère, ganado por la deteriorada opinión general, sacrificara la ardorosa musa de Teófilo de Viau a la atonía escuálida de Malherbe; y la diversicolor opulencia de Ronsard, a la hética delgadez de Marot (68). El retórico Guez de Balzac, que notaba de impuro y tosco el insuperable estilo de Montaigne, había desde mucho antes comparado a Ronsard "con una fuente vasta, pero turbia y fangosa" (69). Era propio de aquella rígida estación que se congelaran las anchurosas fuentes del humanismo mediterráneo, y se dejaran de lado sus húmedos antros fecundos, obstruidos por el hielo, como las del Luxemburgo, novísimas entonces, y las de los jardines de Fontainebleau, para preferirles la senda escueta y lisa, rasgada de escarcha.

J. de la RIVA-AGÜERO.

(68) La Bruyère, *Los caracteres*, cap. I.

(69) Guez de Balzac, *Entretien XXXI*.